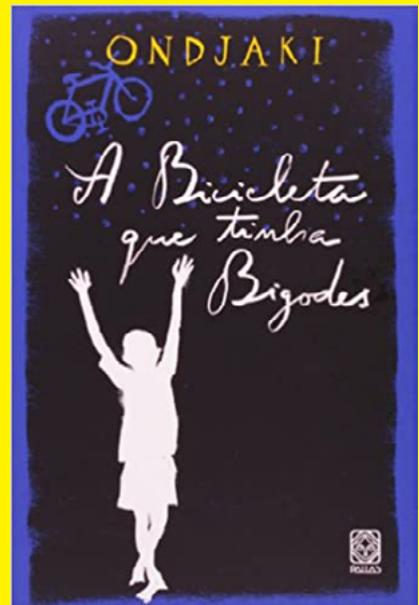


La bicicleta que tenía bigotes: (re)significación de Angola a través de la levedad de la mirada infantil

Surian Seidl



La novela *A bicicleta que tinha bigodes* (2011), del escritor angoleño Ondjaki, nos narra una historia de amistad y de solidaridad. La ficción en lengua portuguesa —aún sin traducción al español— comienza cuando el Rádio Nacional de Angola promueve un concurso y ofrece una bicicleta como premio para el niño que escriba la mejor historia. Ese es el escenario ficticio creado por Ondjaki que permite al lector vivenciar la fantasía y la delicadeza presente en la infancia de los personajes, además de reflexionar sobre el proceso político de Angola posindependencia. Nos damos cuenta, entre otras tantas cosas, de que la búsqueda por algo puede ser más valiosa que la propia conquista. Y que vivir buenas historias puede ser tanto o más emocionante que saber inventarlas.

La narrativa de Ondjaki permite la desmitificación de la idea de un continente «víctima» a través de una literatura que retrata la infancia —el jugar, la alegría, la levedad, las peripecias— sin dejar de comprometerse con la verdad y con el futuro de la nación. En ese caso, es importante pensar en el papel del escritor como un sujeto que nombra mundos, o sea, que se inserta como un agente de la cultura, articulando el trabajo intelectual con la sensibilidad poética.

Los peculiares personajes que Ondjaki inventa resignifican la historia oficial y a los marginados socialmente. Y a través de las configuraciones poéticas del espacio, según entiende Gaston Bachelard (1974), somos llevados a (re)descubrir una Luanda posindependencia. Es en la voz del narrador-niño optimista —que vive jugando con sus amigos y oyendo las enseñanzas de los mayores— que se construye la narrativa de la novela *La bicicleta que tenía bigotes*. La calle, los amigos, los ancianos y la atmósfera posindependencia —que está compuesta por una gran escasez de recursos básicos como agua, luz, saneamiento, salud, comida racionada— imponen el escenario de la novela. La admiración y la presencia constante de los ancianos muestra el respeto por la tradición africana, pues son ellos quienes guardan las experiencias y memorias. En un diálogo lírico, Ondjaki nos transporta de lo de antes hasta lo de hoy, de forma sensible y colorida. En las primeras páginas del libro, encontramos el título, *La bicicleta que tenía bigotes*, acompañado de un subtítulo, *Historias sin luz eléctrica*, hecho que nos remite a uno de los grandes problemas recurrentes en la Angola de aquella época, la falta de luz.

Los personajes traen consigo una carga histórica, de ironía, levedad y alegría. En la construcción de cada una de ellas el autor va llevando al interlocutor a una vivencia muy particular, pues, no raras veces, nos despatarramos de risa al darnos cuenta de que el personaje es nombrado según la carga de sentido que representa, lo que queda claro si analizamos los nombres dados por Isaura, una de las protagonistas, a los bichos de su jardín y también a sus amigos.

Un lenguaje simple, que se aproxima al habla cotidiana, y la utilización de una nueva estrategia para nombrar su universo ficcional —que se configura a través del nombre de los personajes y de los elementos que van apareciendo a lo largo de la narrativa— crea los personajes de la novela, pues cada uno de ellos carga consigo su experiencia verbal, esto dota de sentido la intención del escritor al darles existencia en la ficción. No es por casualidad que tenemos a Isaura, Manuel Rui, Kadafi, Raúl, Fidel, CamaradaMudo, JorgeTemCalma (JorgeTenCalma), AvóDezanove (AbuelaDiecinueve), GeneralDorminhoco (GeneralDormilón), entre otros.

Cada personaje, sea protagonista o no, representa realidades diversas (los camaradas políticos, los intelectuales, los cubanos, los soviéticos). Mientras tanto, el filtro de esas voces sociales es dirigido por la mirada del niño que, con mucho más creatividad y levedad, nombra el mundo a su alrededor. Cada uno trae en su apodo una característica personal o un trazo marcado de la propia vida o de la oficialidad histórica de Angola, anticipando al lector la carga de sentido que habita dentro de la narrativa.

El gato Ghandi tenía malos hábitos, como decía mi abuela, y en aquel momento solo dormía casi queriendo roncar con sus bigotes sucios, parece que solo le dimos un baño bien mojado una vez que Isaura no estaba en casa y lo trancamos en un cajón de cartón que conseguimos en la casa del GeneralDormilón. Y el perro AmílcarCabral, bien bonito, bastaba solo hacerle una fiestita que ni ladraba más (pp. 48-49, traducción libre).

La forma en que el niño siente el pasado y la experiencia del tiempo se distancia de la visión política más densa y pesada, y adentra una mirada más subjetiva que incorpora sus experiencias en tal contexto. Los acontecimientos siempre giran en torno de la calle, de la casa, de los juegos, de la familia, de los amigos. El nacer, el cambiar, el reinventar y el soñar encontrados entre el pueblo angoleño, junto con la búsqueda de la paz y de las renovaciones, permean la trama de la novela en cuestión. La esperanza ultrapasa las líneas de la ficción y toma lugar entre un pueblo que vivió durante muchos años la guerra en su país.

Es la lucha por el colectivo que mueve las ideas del mundo/narrador. La bicicleta es el sueño de muchos niños en cualquier parte del mundo. Metafóricamente, percibimos esa bicicleta y sus bigotes como medio para expresar el deseo y el pedido de igualdad, justicia y derechos, de paz, humanidad y esperanza para Angola. No es casualidad que el niño le escriba al presidente una conmovedora carta con un pedido para que todos los niños puedan recibir una bicicleta o ganar un premio, por más pequeño que fuera. También, no es sin intención que la bicicleta premiada tenga los colores de la bandera de Angola. Es la defensa por una Angola que necesita de cuidados.

Ernst Bloch, en la obra *El principio esperanza*, concibe la esperanza como activa y mayor que el temor, según el filósofo, «la espera, colocada encima del acto de temer, no es pasiva como este, tampoco está encerrada en una nada. El afecto de la espera sale de sí mismo, ampliando a las personas, en vez de estrecharlas» (Bloch, 2005, p. 13). Bloch afirma que todo ser humano, en la medida que anhela, vive el futuro. Eso quiere decir que la esperanza no es una propensión a perderse en la creencia de un futuro mejor, al contrario, nos impulsa para adelante, creando en nosotros el deseo de construir el futuro en el presente. Es en el conmovedor desenlace y últimas líneas de la novela que el niño-narrador le pregunta al tío Rui:

—¿Tío Rui, las estrellas tienen dueño?

—Sí, tienen.

—¿De quién son?

—Son del pueblo.

Los sueños de la nación angoleña generados a partir de la independencia se frustran con el comienzo de una guerra civil y con el mantenimiento de las desigualdades sociales. Mientras tanto, por medio de sus memorias de niño, el escritor Ondjaki recupera la esperanza y da vida a los personajes de la novela.

Ondjaki. *A bicicleta que tinha bigodes*. (2011). Alfragide: Caminho. 86 páginas.